

ALGUNOS RELATOS ZEN

Diego Ruiz-Castizo Calero
 (Reseña bio-bibliográfica en números anteriores)

En el mes de junio de 2008 realicé un retiro durante un fin de semana en un pequeño centro budista zen, en las inmediaciones de Yegen, en el límite entre la Alpujarra granadina y almeriense. Lo vivido durante ese fin de semana se convirtió en un pequeño relato (“De la meditación: relato de una experiencia”) que apareció en un número anterior de la revista “Rodrigo Caro”, en la que colaboré estrechamente con Elías, nuestro director. A partir de esa primera experiencia me fui aproximando poco a poco a esa disciplina de concentración que se conoce como budismo zen. El zen puede perfectamente definirse como el desarrollo del budismo en Japón, y se basa en un cuerpo de doctrinas enraizadas en las palabras de Buda, y en una práctica considerada capital que se denomina *zazen*, que es el término japonés para designar la meditación sentada. Desde entonces, a partir de esa primera experiencia, intento conciliar mis creencias religiosas cristianas con la exigente disciplina del zen. Sin embargo, la intención de este modesto artículo no es adentrarme en el complejo pensamiento de esta “filosofía de la vacuidad”, como a veces se denomina el *zen*, sino presentar cuatro relatos breves -cuatro pequeñas joyas me atrevería a decir-, no exentos de humor e ironía, que he encontrado en un libro, “La práctica del Zen”, escrito por un monje japonés, Taisen Deshimaru, que llegó a Francia en 1967 para difundir el budismo.

En el primero de ellos, “El samurái y los tres gatos”, veremos cómo un honorable samurái, consiguió desembarazarse de manera inopinada de un ratón que había decidido alojarse en su dormitorio.

El samurái y los tres gatos

Un samurái estaba muy preocupado porque un ratón se había instalado en su dormitorio. Alguien le dijo: “Os hace falta un gato”. Busca entonces uno en el vecindario. Encuentra uno muy bello e impresionantemente fuerte. Pero el ratón se muestra más astuto y se burla de él. El samurái busca un segundo gato, éste muy hábil. Desconfiado, el ratón no se deja ver excepto cuando el gato dormía. Entonces un monje le lleva un gato que frecuentaba su templo. Tenía un aire distraído, inofensivo y se pasaba todo el día dormitando. El samurái pensó: “Ciertamente no será éste el que me libre del ratón”. Efectivamente el gato, que se pasaba todo el día sesteando, indiferente a lo que ocurría a su alrededor, no inspira ningún temor al ratón. Éste comienza a pasearse delante de él sin prestarle ninguna atención. Un día, inesperadamente, de un zarpazo el gato lo atrapó.

(“La práctica del Zen”, de Taisen Deshimaru)

En el segundo relato, “Enfrentarse a la muerte sin miedo”, seremos testigos virtuales de cómo un joven monje se libra de la muerte al seguir obedientemente las instrucciones de un maestro zen.

Enfrentarse a la muerte sin miedo

Un joven monje se dirige a una ciudad llevando un mensaje importante para entregar en mano a su destinatario. Llega a las afueras de la ciudad, y para entrar debía atravesar un puente. En el puente se encontraba un samurái experto en el arte de sable, el cual para demostrar a todos su destreza e imbatibilidad se había propuesto retar en duelo a los cien primeros hombres que intentaran pasar el puente. Había matado ya a noventa y nueve, y el joven monje era el número cien. El samurái entonces lo desafía. El monje le suplica que le deje pasar, pues el mensaje que debe entregar en mano es de gran importancia.

- Yo os prometo regresar una vez haya cumplido mi misión.

El samurái acepta, y el joven monje fue a entregar su mensaje. Antes de volver al puente pasó por la casa de un conocido Maestro para despedirse de él, convencido de que iba a morir.

- Debo batirme con un gran samurái –le dijo-, un experto en el manejo del sable, y yo no he utilizado un arma en mi vida; así que lo que me espera es la muerte.

- En efecto –le respondió el Maestro-, vas a morir, pues no tienes ninguna posibilidad de vencer; por lo tanto, no tienes por qué tener ningún miedo. Pero te voy a enseñar la mejor forma de morir: cuando te encuentres ante el samurái, blandirás tu sable por encima de tu cabeza, los ojos cerrados, y en esta postura esperarás a tu contrincante. Cuando sientas frío en lo alto de tu cráneo, esa será la señal de tu

muerte inminente. En ese momento bajarás los brazos. Eso es todo lo que tienes que hacer.

El joven monje se despide de su Maestro y se dirige al puente, donde le esperaba el terrible samurái. Éste le agradece el haber sostenido su palabra y le pide que se ponga en guardia. El duelo va a comenzar. El monje, cogiendo el sable con las dos manos lo eleva por encima de su cabeza y espera sin moverse. Esta actitud sorprende al samurái, pues la postura que muestra el joven monje no refleja ningún temor. Desconfiado avanza prudentemente. Impasible, el joven monje está concentrado únicamente en la parte alta de su cráneo. El samurái entonces se dice:

- Este hombre es seguramente muy hábil, ha tenido la valentía de regresar para batirse conmigo; seguramente no es un amateur.

El joven monje, aún inmóvil y concentrado en su postura, no presta ninguna atención a los movimientos de vaivén de su adversario. Este comienza a tener miedo:

- Es sin duda un gran guerrero; sólo los maestros del sable adoptan desde el principio una posición de ataque. Y además tiene los ojos cerrados.

El monje sólo espera el momento en que sentirá el frío en lo alto de su cabeza.

Durante este tiempo, el samurái se siente totalmente indefenso, no se atreve ni siquiera a atacar seguro de que será cortado en dos al menor movimiento de su parte. Del otro lado, el joven monje había olvidado completamente al samurái, atento únicamente a aplicar el consejo de su Maestro, y morir así dignamente. De pronto los gritos y los lamentos del samurái lo trajeron de nuevo a la realidad:

- ¡No me mate, se lo ruego! ¡Tened piedad de mí! Yo creía ser invencible con el sable, pero jamás me había encontrado con un maestro como vos. ¡Por favor, por favor, aceptadme como discípulo, enseñadme el arte del sable...!

(“La práctica del zen”, de Taisen Deshimaru)

En este tercer relato, “Historia de Gobuki”, asistiremos al enfrentamiento entre un valiente joven y un terrible dragón. La ingeniosa dialéctica del joven le salvará de verse convertido en presa indefensa del animal fabuloso.

Historia de Gobuki

Había hace mucho tiempo, en el corazón de una montaña, un terrible dragón que devoraba a todo aquel que se le acercaba, y por eso nadie se atrevía a pasar por allí. Un día, sin embargo, un hombre joven llamado Gobuki – nombre que significa “cinco armas”- partió en busca del dragón armado de

una pica, una lanza, un tridente, una maza y una espada. Su intención era liberar al poblado, que se encontraba apenas a diez leguas, de tan terrible azote. Cuando estuvo delante del monstruo, empezó a utilizar una a una, todas sus armas; pero una a una, las armas, después de algunos movimientos, se adherían a su cuerpo de manera inexplicable. Viéndose por algún extraño encantamiento presa del dragón, se quedó inmóvil, mirando fijamente al monstruo sin sentir miedo alguno.

El dragón rugió: “¿Por qué no tienes miedo?”

El joven Gobuki contestó: “Yo no tengo miedo en absoluto porque soy universal. Mi cuerpo es en su esencia, universal, y mi espíritu también. Tú eres también, en tu esencia, universal. De modo que yo existo en ti, y tú existes en mí, en mi cuerpo y en mi espíritu. Si tú me comes, entonces tú te comes. Si tú te comes, estás loco. Y si aun así, decides comerme, te lo ruego ¡hazlo!”

A lo que el dragón, de mala gana, contestó: “Hasta hoy no había visto a nadie que no se hubiera aterrorizado al verme. Tu discurso me ha cortado el apetito; me siento mal.” Y muy enfadado, terminó diciendo: “¡Guarda tus armas y vete!”

(“La práctica del Zen”, de Taisen Deshimaru)

Por último, en el cuarto relato, “Historia de miau”, el protagonista -otro noble samurái- consigue liberarse de una idea obsesiva gracias a la ayuda de un anciano maestro zen.

Historia de miau

Un samurái, temido por su destreza como guerrero, pescaba a lo largo de una ribera. Poco antes de la hora de comer pescó un hermoso ejemplar, y cuando se disponía a cocerlo, un gato, escondido detrás de unos arbustos, dio un gran salto y le robó la presa. Furioso, el samurái sacó su sable, alcanzó al gato y lo cortó por la mitad. Este guerrero era un ferviente budista, y los remordimientos por haber matado a un ser vivo comenzaron a obsesionarle.

Entrando en su casa, el ruido del viento en los árboles sonaba *miau*. El ruido de sus pasos contra el suelo resonaba *miau*. Las gentes con las que se cruzaba por el camino parecían decirle *miau* al saludarle. La mirada de sus hijos reflejaba *miaus*. Sus amigos mismos maullaban sin cesar en su presencia. En todas partes, en cualquier circunstancia, escuchaba dolorosos *miaus*. Por la noche, en sus sueños, reaparecían los *miaus*. De día, cada sonido, cada pensamiento, cada acto de su vida, se transformaban en *miaus*. Él mismo era todo *miau*.

Su estado no hacía más que empeorar. Su obsesión le perseguía, le torturaba sin tregua. No pudiendo acabar con todos estos *miaus*, se dirigió a un templo para pedir consejo a un viejo maestro Zen.

- Por favor, por favor, ayúdeme, libéreme... -suplicaba-

El maestro le respondió:

- Tú eres un guerrero; ¿cómo has podido caer tan bajo? Si no puedes vencer por ti mismo todos estos *miaus*, no mereces más que la muerte. No tienes otra solución que hacerte el harakiri, aquí y ahora.

Y viendo la expresión de congoja del samurái, añadió:

- Sin embargo, yo soy un monje, y tendré piedad de ti. En cuanto comiences a perforar tu vientre, yo te cortaré la cabeza con mi sable para abreviar tu sufrimiento.

El samurái asintió, y a pesar de su miedo a la muerte, se preparó para la ceremonia. Cuando todo estuvo preparado, se sentó sobre sus rodillas, cogió la daga con las dos manos y la orientó hacia su vientre. Detrás de él, de pie, el maestro le dijo:

- Ha llegado el momento. ¡Comienza!

Lentamente, el samurái posó la punta de la daga sobre su abdomen. Y en ese instante el maestro retomó la palabra:

- Tus *miaus*, ¿los escuchas todavía?
- ¡Ah, desde luego que no! Verdaderamente no queda ni rastro de los *miaus* -contestó el samurái-
- Entonces, si no hay más *miaus* ya no es necesario que mueras.

Y con estas sencillas palabras el maestro dio por concluida la ceremonia, despidiéndose al mismo tiempo del samurái con una leve inclinación de su cabeza.

(“La práctica del Zen”, de Taisen Deshimaru.)